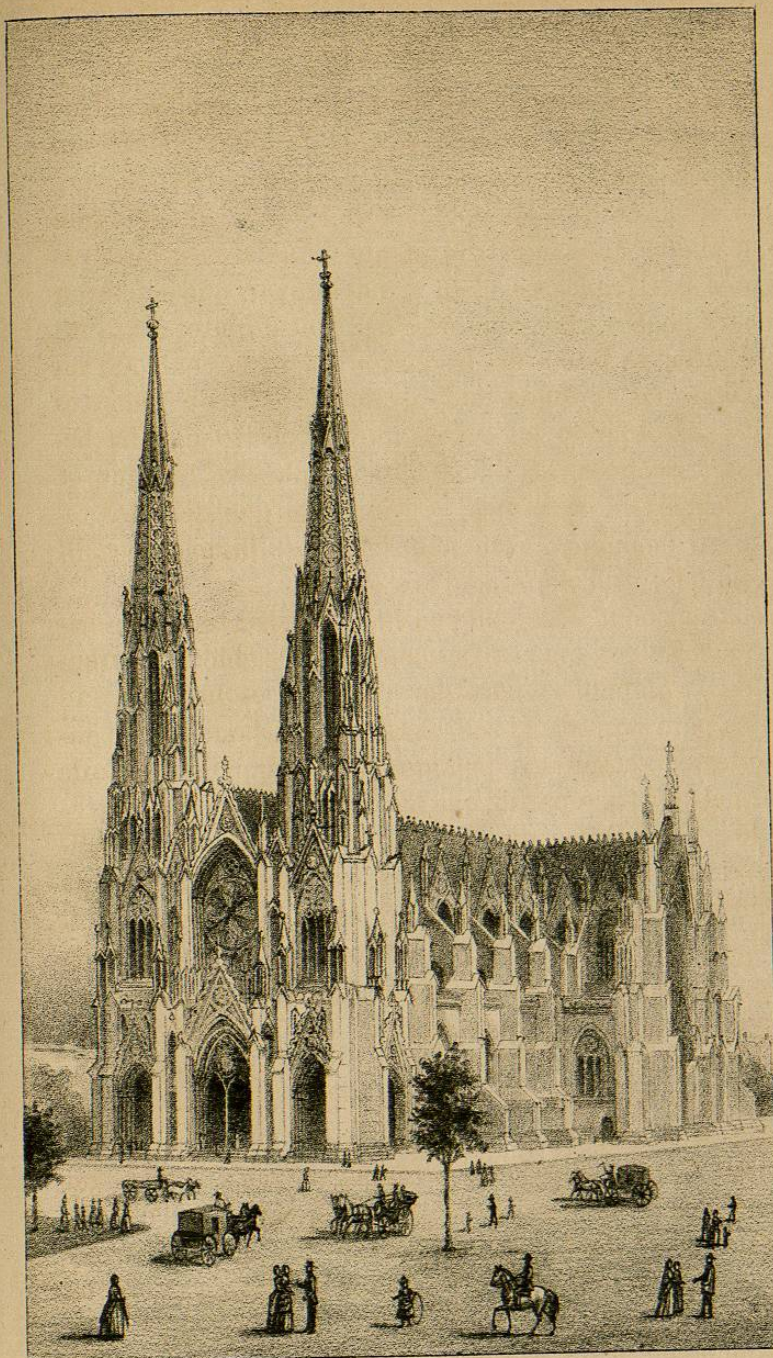


sión injusta y bárbara que hicieron á nuestra República en los años de 1846 á 1847. Al pasar delante de aquel monumento que, de paso sea dicho, da muy mezquina idea del arte americano; al ver escritos los nombres de los jefes que hollaron con su planta nuestro territorio, que inmolaron á nuestros valientes sacrificados en el campo del honor; que sujetaron á nuestro pueblo á la ignominia de recibir afrentosos azotes; que llenaron de luto y de desolación nuestras ciudades; un sentimiento de profunda indignación, se avivó en nuestro espíritu, recordando los males que á nuestro país ha hecho esa raza enemiga nuestra; pensando en los que se halla dispuesta á causarnos; previendo lo que debemos temer de sus tendencias absorcionistas, de su insaciable codicia y del odio tradicional que nos profesa.

Y pensar que nos hallamos en la actualidad tan estrechamente ligados con esa raza; y ver que hemos abierto las fronteras de la República para dar paso á esos hombres tan funestos para nosotros; y considerar que diariamente van ganando terreno en nuestro país; que les entregamos á título de colonos el territorio patrio; que les encomendamos la educación de nuestros hijos; que fomentamos su propaganda religiosa para destruir uno de los vínculos de unión que mañana podrían hacernos fuertes contra esa raza, á pesar de su inmensa superioridad numérica sobre nosotros. . . . ¡Desdichada México en un tiempo no muy remoto! La influencia americana ejerciéndose sobre nuestros destinos; la población americana invadiendo nuestro territorio á título de colonización, para debilitarnos; el capital americano, explotando nuestras riquezas, para empobrecernos; la educación americana influyendo en nuestra sociedad para crear simpatías hacia una raza que nos detesta; el protestantismo americano haciendo prosélitos entre nosotros para desarmar muchos brazos mexicanos en contra de la invasión del Norte; la raza sajona, en fin, natural enemiga de la nuestra, adquiriendo una gran preponderancia sobre el elemento latino, el único salvador de nuestra autonomía, de nuestras tradiciones, de nuestras creencias. Profundamente conmovidos; tristemente impre-



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

LA CATEDRAL CATÓLICA DE SAN PATRICIO EN NUEVA YORK, E. U.

sionados con estos pensamientos, nos alejamos de la plaza Madison; proponiéndonos, como lo ejecutamos, no volver á transitar delante de ese monumento que tan tristes recuerdos evoca para el mexicano de corazón; que tan funestos presagios anuncia; que tan dolorosos sentimientos despierta.

Dirigímonos á la Catedral católica de San Patricio, situada cerca del Parque Central, entre las calles 51.^a y 52.^a Confesaremos que nos sorprendió su aspecto exterior, y no pudimos menos de permanecer largo rato contemplándola. Es un gran edificio gótico, revestido de mármol blanco, adornado con columnas, con pilastras, con nichos, con ventanas de estilo ojival, bien no desarrollado en toda su pureza. Las dos torres son esbeltas y elegantes, y terminada su construcción deben llegar á una altura de más de cien metros. El mármol de que está revestida la fachada no tiene la transparencia del de Italia, aun cuando no es inferior en blancura. La decoración es sencilla; pero se hace notar en ella buen dibujo y excelente ejecución. Las tres puertas de la fachada principal, que eran ojivales en el proyecto, recibieron otra forma que no es gótica ni pertenece á ningún estilo conocido, y presentan un feo borrón en el conjunto de la fachada. Penetrando en el interior, se observa bastante unidad en el pensamiento y en la ejecución. La iglesia es de tres naves, de capacidad proporcionada al estilo, el cual es estrictamente gótico en cuanto á las líneas y á las dimensiones; pero no en toda la ornamentación, que como en la parte exterior es muy sencilla. Las ventanas producen muy buen efecto por hallarse cubiertas con cristales de colores, representando pinturas transparentes de asuntos religiosos. Estas vidrieras no son obra americana; han sido ejecutadas en las más afamadas fábricas de Francia. Un defecto notable de construcción creímos descubrir en el interior de la Catedral; parecíamos que las bóvedas ojivales son de madera pintada imitando la piedra de que están construidas las paredes: no pudimos subir á las galerías que circundan el templo en la parte superior, para cerciorarnos de que nuestra vista no nos engañó; pero al observar por el exterior que un gran caballete de madera

revestido de zinc, forma la techumbre visible por afuera, creímos ver confirmada nuestra opinión sobre que las bóvedas no son de mampostería. No se concibe á la verdad qué objeto pudiera tener la construcción del caballete si las bóvedas fuesen de un material duro y consistente como la piedra. El tabernáculo no se halla colocado en el centro de la iglesia como en nuestras catedrales, sino en el fondo de la nave de en medio. Es de mármol y no carece de belleza arquitectónica, aunque se observa cierta mezquindad en su ornamentación.

Muy agradables impresiones recibimos en nuestra segunda visita á la catedral. Era Domingo, y fuimos con espíritu de devoción á oír la Misa. Tan vasto como es el templo, se llenó literalmente de fieles. Entraban silenciosos colocándose en los asientos que acertaban á tomar ó les eran indicados como á nosotros por los sacristanes, quienes recorrían incesantemente el espacio libre que dejan en el centro las dobles hileras de bancas y reclinatorios. Todos, hombres y señoras, leían en sus devocionarios, unas personas sentadas y el mayor número de rodillas. A las diez de la mañana principió la Misa. Perfecto recogimiento, edificante devoción y admirable compostura se observaba en todos y cada uno de los asistentes. Declaramos que en ningún país del mundo; que en ninguna iglesia de nuestro país hemos visto en la asistencia á los divinos oficios, el orden, la circunspección, el respeto religioso con que los católicos americanos permanecen en la casa de Dios. La Misa fué rezada: el sacerdote era asistido por dos acólitos vestidos con sotana y roquete. Pasado el Evangelio, un eclesiástico subió al púlpito y leyó en inglés el pasaje del mismo Evangelio que había recitado el celebrante en latín; después anunció los ejercicios religiosos que debían tener lugar en la iglesia durante la semana. A la hora de la Comunión, acercáronse á la Sagrada Mesa un gran número de los asistentes; señoras, señoritas, caballeros y niños recibieron el Pan Eucarístico, llegando al comulgatorio y retirándose después á sus asientos en muy buen orden y con una edificante compostura. Terminada la Misa, fueron saliendo los concurrentes muy despacio con los ojos bajos y en la actitud más

respetuosa. Al salir á la calle cada cual tomaba su camino, sin detenerse en el atrio como se acostumbra entre nosotros por un abuso lamentable, digno de amarga censura.

Impresiones semejantes recibimos asistiendo á la Misa en otra iglesia católica llamada de San Francisco Javier, que tienen á su cargo los Padres de la Compañía de Jesús. Los católicos norte-americanos pueden ser presentados como un modelo de moralidad, de observancia y de devoción en las prácticas del culto. Si ellos fueran la totalidad de los pobladores de la Nación, tendríamos menos que temer á su influencia en México; ella no sería perniciosa, ni tendría trascendencias tan funestas para nuestro futuro bienestar. Hemos oído platicar á más de un anciano compatriota, que cuando la República fué invadida por los Estados-Unidos, los irlandeses católicos que vinieron en la expedición tenían una conducta irreprochable y de ellos no sufrieron malos tratamientos los mexicanos. Desgraciadamente la inmensa mayoría de nuestros vecinos se compone de protestantes, y la propaganda religiosa que vienen haciendo en el país es protestante también.

Debemos hacer una excursión por el Parque Central, que llena de orgullo á los habitantes de Nueva York, quienes pretenden que es uno de los primeros paseos del mundo. Parécenos exageración; pero á decir verdad, el parque es hermoso y muy extenso; tiene buen arbolado; el cultivo de sus plantas deja poco que desear: lo cruzan calzadas, avenidas y senderos; tiene lagos y arroyos artificiales; tiene praderas y colinas; grutas y túneles; tiene fuentes y monumentos de arte en gran abundancia y ostenta en la principal de sus glorietas un antiguo obelisco egipcio: tiene kioskos y pabellones: tiene edificios de alguna importancia, como la Galería de cuadros que comienzan á formar; tiene, por último, un buen departamento zoológico, en el cual han reunido ya muchas y variadas especies de animales, así cuadrúpedos como volátiles. Lamentable es, sin embargo, que todas las obras de arte y el mayor número de las construcciones hayan sido ejecutadas con esos materiales de imitación, que les dan el aspecto de

haber sido vaciadas en molde. Por ese sistema han sido hechos los puentes y los embaldosados, los balaustrados y las columnas, así como los pedestales de las estatuas; por ese sistema han sido formadas escalinatas, encortinados y plataformas. Ya se deja comprender que aun cuando la pasta que imita la piedra artificial, tenga muy bella apariencia, denuncia á primera vista y desde gran distancia, que todas aquellas obras son resultado de la industria y no del arte, lo cual les quita todo el mérito que podrían tener. Además, ese granito, ese pórfido y ese mármol artificial carecen de la solidez y consistencia que se requiere en la construcción de las obras y monumentos públicos; están sujetos á frecuentes deterioros, y muy pronto pierden la regularidad en las líneas y la pureza en los contornos. ¡Quiera Dios y la influencia americana en nuestro país no llegue á desterrar de México el gusto por el arte, introduciendo esos sistemas de construcción, cuyos inconvenientes dejamos apuntados!

Brooklin es como hemos dicho, el complemento de Nueva York, aun cuando está separado por el caudaloso río del Este. Brooklin ha crecido rápidamente, y su actual población llega á 700,000 habitantes. No tiene sin embargo la actividad, el movimiento, ni mucho menos la belleza relativa de Nueva York. La mayor parte de sus edificios son de madera y el mayor número de sus calles no están enteramente concluidas. En Brooklin se hallan instaladas las fábricas y establecimientos de industria, seguramente porque el terreno cuesta mucho menos que en Nueva York. Lo que se recomienda visitar á los viajeros que llegan á Brooklin es el cementerio, que se halla en un extremo de la ciudad sobre una colina de poca elevación. Es notable por su extensión, por la abundancia de vegetación que lo cubre y por el número, ya que no por la calidad, de los monumentos que lo adornan. Rápida como fué nuestra excursión por la ciudad, no pudimos recorrer el cementerio, ni tampoco detenernos en visitar los edificios públicos, que no son en gran número, ni los hay de grande importancia artística. Regresamos á Nueva York después de haber caminado por las calles de Brooklin en

tranvía más de ocho kilómetros. Esta excursión la hicimos la víspera de partir, el domingo: hacía una hermosa tarde y sentimos que la necesidad de volver temprano á Nueva York no nos hubiese permitido visitar los sitios de recreo que hay en los alrededores. Teníamos que ocuparnos en arreglar los preparativos de la salida de la Peregrinación el Lunes inmediato.

Perdone el lector si en la relación de nuestras excursiones por la ciudad neoyorquina no hemos sido tan extensos como hubiéramos deseado. El volumen de este segundo tomo, ya no permite escribir más largo: nuestra tarea debe terminar bien pronto, por no tener libertad para excedernos de los límites que nuestro contrato con la casa editorial ha marcado á la publicación de la obra.

